

663-664 OPUSCULO TRIGÉSIMO NOVENO. CONTRA LOS QUE SE SIENTAN DURANTE EL OFICIO DIVINO.

ARGUMENTO.

Elogia la disciplina y el orden del arzobispo de Besanzón en su Iglesia. Destaca especialmente que se haya preparado una tumba en vida, para tener siempre presente el día final. Sin embargo, observa algo que merece corrección: tanto los clérigos como los laicos asisten sentados a los oficios sagrados, lo cual no es acorde con la disciplina prescrita ni con la dignidad debida.

Al muy reverendo señor V., arzobispo, PEDRO, pecador y monje, le ofrece su servicio.

[CONTRA LOS QUE SE SIENTAN DURANTE EL OFICIO DIVINO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la magnificencia del arzobispo de Besanzón y la avaricia de los clérigos.

No ignoras, venerable padre, que mientras fui acogido en tu hospitalidad, grabé todo en mi mente como en una tabla, de modo que nada pueda ser borrado por el olvido. Recuerdo el claustro detrás del ábside de la Iglesia, dedicado exclusivamente a tu habitación, donde puedes dedicarte a la oración y la lectura de manera tan privada y remota que parece que no necesitas la soledad eremítica. Tampoco olvidé el otro claustro, que ocupa el lado derecho de la Iglesia, donde el blanco coro de tus clérigos brilla como un coro angélico. Allí se instruyen en las sagradas Escrituras como en un gimnasio celestial; allí se dedican diligentemente a los estudios de la verdadera filosofía y se ejercitan diariamente en las disciplinas regulares.

No pasa desapercibido que, además de estas, construyes simultáneamente otras dos canónicas: una con la iglesia de Santa María Magdalena y otra, si no me equivoco, con la iglesia de San Lorenzo. Y aunque tu iglesia no es rica, es sorprendente cómo puede dedicarse a estructuras tan laboriosas y magníficas, y cómo puede sostener gastos tan profusos diariamente.

Sin embargo, confieso que lo que más me agradó fue que me mostrases tu sepulcro, preparado con gran esmero como si fueras a recibirlo hoy mismo: donde, como pago a los sepultureros, cinco sólidos están atados en un sudario en cada uno de los cuatro ángulos, para que durante las exequias funerarias no falte la recompensa en esta obra de piedad; en lo cual pareces seguir el ejemplo del patriarca Abraham, quien, al querer sepultar a Sara, su esposa (Gén. XXIII), rechazó las sepulturas gratuitas que le ofrecían los hijos de Set y compró la cueva doble a Efrón, hijo de Seor. En el mismo número cuatro parece que imitas su ejemplo; así como él compró la cueva por cuatrocientos siclos de plata, tú pareces comprar tu sepultura con cuatro veces cinco sólidos.

Aquí se debe notar cuán detestable es la avaricia de los clérigos que esperan obtener beneficio de las sepulturas de la Iglesia, cuando incluso los gentiles que ignoran a Dios lo aborrecen. Ellos rechazan el dinero cuando se les ofrece; estos lo exigen impudicamente, incluso cuando se les niega. Aquellos, despreciando el precio de Abraham, dicen: «En nuestras sepulturas elegidas entierra a tu muerto, y nadie te podrá prohibir;» estos, iguales a los gentiles, dicen: «Paga el dinero y recibe la sepultura» (Gén. XXIII). Pero tú, venerable padre, me pareces haber actuado sabiamente al decidir hacer tu sepultura mientras aún vives y estás sano. Pues si alguna vez esta vida engañosa te halaga, si acaso tu mente se exalta por

la dignidad de cualquier cargo, tan pronto como diriges tus ojos a la casa que te espera, te consideras polvo y ceniza, como realmente eres. De ahí que Salomón diga: «¿Qué necesidad tiene el hombre de buscar cosas mayores que él, cuando no sabe qué le conviene en su vida, en el número de los días de su peregrinación, y del tiempo que pasa como sombra?» (Ecle. VII). Ni los impulsos de las tentaciones prevalecen para disolver la carne en la lujuria, mientras la mente se ve obligada a pensar en los gusanos que brotan y en la podredumbre que fluye de la carne. Por eso también Salomón dice: «Mejor es ir a la casa de luto que a la casa de banquete» (Ibid.). Allí se recuerda el fin de todos los hombres, y el vivo piensa en lo que será.

Pero aquellos que tienen la raíz de su corazón plantada en el deleite arenoso de este siglo, si el mundo les sonríe, si la dulzura y tranquilidad les acaricia, aborrecen sin duda la memoria de la muerte como si fuera hiel o ajeno. Por eso el sabio dice: «Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que tiene paz en sus posesiones, para el hombre tranquilo, y para quien sus caminos son rectos en todo, y aún es capaz de disfrutar de la comida» (Ecli. XLI). Pero si alguien está agobiado por la desgracia de una calamidad tediosa, si la enfermedad continua o la falta de bienes lo angustia, la muerte se le hace dulce; y se le ruega que acelere sus pasos voladores. Por eso dice el mismo: «Oh muerte, bueno es tu juicio para el hombre necesitado, y que se debilita en fuerzas por la edad avanzada» (Ibid.). Sin embargo, el hombre no debe temer ni desear su fin por las vicisitudes de esta vida, sino solo si se considera que la muerte o la vida pueden beneficiar a su propia salvación o a la de su hermano. Esto lo declara aquel que dice: «Estoy en apuro entre dos cosas, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros» (Filip. I). De ahí que el bienaventurado Pedro dijera a sus oyentes: «Justo me parece, mientras estoy en este tabernáculo, despertaros con amonestación. Porque sé que pronto será desechado mi tabernáculo» (I Pedro I). En sus palabras, el buen pastor muestra que no quería vivir ni morir para sí mismo, sino para sus discípulos. Pues poco después dice: «Pero me esforzaré para que después de mi partida, tengáis siempre memoria de estas cosas.» Me agrada, pues, tu sepultura, que has puesto ante tus ojos como un signo de memoria; para que, al verla, el verdor de esta vida floreciente se marchite para ti, y tu mente, recogida en sí misma, comience a pensar diligentemente en el futuro. Porque una vez que el hombre llega allí, sin duda encuentra aquello que no puede cambiar. Por eso Salomón advierte, diciendo: «Recuerda siempre tus postrimerías, y nunca pecarás» (Ecle. VII).

CAPÍTULO II. Que los clérigos, mientras se celebran los oficios divinos, se sienten, es una costumbre errónea.

Además, vi en tu iglesia una señal de pereza y desidia que, en su momento, corregí según lo dictaba la urgencia, y ahora considero no superfluo consignar por escrito. Muchos de los clérigos allí se sientan mientras se celebran los oficios canónicos de las horas, o incluso cuando se ofrecen los terribles sacramentos de las misas. He descubierto que esta pereza también está presente en algunos monjes de las partes de las Galias: un vicio de costumbre errónea que merece corrección y que debe ser completamente erradicado del estadio de la Iglesia militante, en aquellos que están sanos. De lo cual se lee en el Cantar de los Cantares: «¿Qué verás en la Sunamita, sino coros de campamentos?» (Cant. VII) Y de nuevo: «Tu cuello es como la torre de David, edificada con propugnáculos; mil escudos cuelgan de ella, toda armadura de valientes» (Cant. IV).

Pues aunque en todas partes nos amenaza una guerra implacable contra los espíritus de maldad, arremete con más fuerza en la modulación de los salmos; y cuando oramos, entonces luchamos como en batalla contra las tentaciones de los enemigos malignos, de modo que nos

es absolutamente necesario o ceder débilmente a los que nos superan, o aplaudir con júbilo al Señor cuando caen. Cuando ven que nuestros cuerpos se debilitan por la sesión, esperan obtener la victoria también por la caída del hombre interior. De los cuales se dice por Isaías: «Lo pondré en la mano de los que te humillaron, y dijeron a tu alma: Inclínate, para que pasemos» (Isa. LI). Donde, después de la inclinación del alma, también se añade inmediatamente la inclinación del cuerpo: «Y pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino para los que pasan.» Ambas sustancias, el alma y el cuerpo, están unidas en nosotros de tal manera que, a menudo, cuando una actúa diligentemente, la otra se fortalece; y cuando esta se relaja negligentemente, aquella también se adormece con la languidez de la pereza. Ciertamente, cuando Josué vio al ángel con la espada desenvainada, dijo: «¿Qué dice mi Señor a su siervo?» (Jos. v.) a lo cual aquel no le ordenó nada más, no le impuso nada que ejecutar, sino solo esto: «Quítate, dijo, el calzado de tus pies;» por lo cual añadió: «Porque el lugar en que estás es santo.»

Entonces, si a aquel lugar, porque era santo, se le debía la desnudez de los pies, ¿por qué la iglesia, que igualmente es un lugar santo, no merece al menos la reverencia de los clérigos de pie? También se dice a Moisés: «No te acerques aquí; quita el calzado de tus pies. Porque el lugar en que estás es tierra santa» (Éxodo III). ¿Por qué leemos que estas cosas fueron divinamente ordenadas a los Padres antiguos a través de las sagradas escrituras, sino para que creamos que debemos reverencia a los lugares santos? ¿Es menos sagrado el lugar donde se ofrece el cuerpo de Cristo por el misterio de su vivificante pasión, que aquel donde Dios hablaba a través de su ángel? En el Deuteronomio también se lee que el Señor dijo a Moisés: «Tú quédate aquí conmigo, para que te hable todos los mandamientos y ceremonias y juicios» (Deut. V). No dice, siéntate, o recuéstate; sino, quédate aquí conmigo, para que aprendas de pie lo que después enseñarás sentado.

Ahora, mientras estamos en campaña, Dios quiere que le sirvamos de pie, para que después merezcamos sentarnos con él en la tranquilidad del municipio. Pero si alguien tuviera tal abundancia de dones, que mientras dure el oficio no cesara de ofrecer regalos a cada uno; también se pondría de pie aquel cuyos pies estuvieran anudados por la gota. Así, el cuerpo mortal recibiría de pie su beneficio, mientras que el alma destinada a reinar eternamente desprecia el ornamento de estar sentada. Si a un rey, o a cualquier noble terrenal de su dominio, se le sirven los oficios con reverencia; cuando ante el terrible rostro de la majestad divina proclamamos alabanzas, ¿con qué audacia de presunción nos atrevemos a sentarnos? Dice Daniel: «Mil millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban en pie delante de él» (Dan. VII). He aquí, mientras se dice que innumerables ángeles sirven a Dios (Apoc. I), y otros están de pie ante él, ninguno de ellos se encuentra aquí sentado en un banco.

CAPÍTULO III. Que los ángeles se indignan contra los hombres que se sientan en la iglesia.

¡Aquel ante quien las virtudes angélicas tiemblan de pie, los hombres terrenales y corruptibles desprecian estar de pie! Y cuando se cree que en esos oficios eclesiásticos siempre está presente la presencia angélica, como dice la Escritura: «Cantaré a ti en presencia de los ángeles» (Sal. CXXXVII), y que observan diligentemente nuestra vigilancia o desidia, y reportan todo ordenadamente al juez supremo; ¿con cuánto, creemos, celo se indignan contra nosotros cuando nos ven sentados irreverentemente ante aquel ante quien ellos mismos están de pie temblando? Pues también el sacerdote Zacarías, cuando ponía el incienso, no vio al ángel sentado, sino de pie junto al altar. «Se le apareció, dice el evangelista, un ángel del Señor de pie a la derecha del altar del incienso» (Luc. I). Dice en el Apocalipsis el bienaventurado Juan: «Vi una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie ante el trono.» De pie, ciertamente, no sentados. Y poco

después: «Todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, y de los ancianos» (Apoc. VII). Isaías, después de haber dicho: «Vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y lo que estaba debajo de él llenaba el templo;» añadió inmediatamente: «Los serafines estaban de pie debajo de él» (Isa. VI). He aquí donde los serafines no se atreven a sentarse, ¿se sienta el hombre de barro, y como un trapo de menstruación, sucio e impuro? ¿Donde las virtudes del cielo no se apropian de asientos, allí el hombre disfruta como de un ocio común y doméstico, sabiendo que es polvo y ceniza? Entra el rey al banquete nupcial, y encuentra a un hombre no solo quizás sin las vestiduras nupciales, sino también, en contra de la regla de aquel banquete, sentado ignominiosamente; ¿qué otra cosa se espera que ordene, sino que, con las manos y pies atados, sea arrojado inmediatamente a las tinieblas? (Mat. XXII). En verdad, de Elí, el sacerdote sentado, dice la Escritura: «Porque cayó de la silla hacia atrás, junto a la puerta, y al romperse el cuello, murió» (I Sam. IV). También Belsasar, rey de Babilonia, estaba sentado cuando apareció en la superficie de la pared del palacio real un dedo escribiendo, que anunció que su ruina y la de los suyos estaba próxima esa misma noche, con los medos y persas acechando (Dan. V).

Zebee y Salmana, reyes de Madián, descansaban con su ejército cuando Gedeón cayó sobre ellos como sobre desprevenidos, y los mató con espadas (Jue. VIII). También los amalecitas estaban tendidos sobre la faz de la tierra cuando David los atacó de repente, y no cesó de golpearlos desde la tarde hasta la tarde del día siguiente (I Sam. XXX). Pero Elías dice: «Vive el Señor de los ejércitos, ante cuyo rostro estoy» (I Reyes XVII). Estoy, dice, no me siento, no bostezo, no me marchito; a quien también el Señor le dice: «Sal y ponte en el monte delante del Señor» (I Reyes XIX). No dice, siéntate, sino ponte delante del Señor. ¿Acaso David y aquellos siete coros con él estaban sentados ante el arca del Señor, y no más bien, como testifica la Escritura: «El mismo rey tocaba en los instrumentos, y danzaba, y saltaba con todas sus fuerzas ante el Señor?» (II Sam. VI). Así llevaban el arca con júbilo y sonido de trompeta. Nota también lo que el Señor dice a Moisés: «Acerca la tribu de Leví, y haz que estén de pie ante Aarón el sacerdote, para que le sirvan, y vigilen, y observen todo lo que pertenece al culto de la multitud ante el tabernáculo del testimonio» (II Par. XV). No dice: siéntense, bostecen, y duermen; sino haz que estén de pie, para que sirvan, vigilen, y observen. Moisés en el monte, durante cuarenta días y cuarenta noches, nunca se sentó ni por un momento, no tomó ningún alimento ni bebida, sino que permaneció en ayuno ante el Señor (Num. III); y tú, que te sostienes con la diaria refección, ¿te sientes gravado por estar de pie al menos por un breve espacio ante la presencia de tu Creador? Así se lee en Éxodo: «Moisés estuvo allí con el Señor cuarenta días y cuarenta noches, no comió pan, ni bebió agua, y escribió en las tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos» (Éxodo XXXIV). Hoy en día, algunos hermanos, mientras se dedican a las alabanzas divinas, no están satisfechos solo con el trabajo de estar de pie, sino que se esfuerzan además por fatigarse con otros ejercicios de su cuerpo.

Pues, para no hablar de otros, un hermano llamado Gezo, que ahora vive no lejos de nuestra morada, ya de unos sesenta años de edad, recita todo el salterio arrodillándose, de tal manera que completa un verso mientras se postra en el suelo; otro mientras se levanta inmediatamente. Así, a lo largo de todo el curso del salterio, siempre se hace una metanoia por cada dos versos.

También hubo otro con nosotros, de mayor edad, que con razón se llamaba Domingo. Este me confesó que a menudo hacía mil metanoias por día, mientras estaba continuamente vestido con una cota de malla de hierro sobre la piel. Pero quien quiera escuchar tales cosas, que se esfuerce por leer nuestras obras.

CAPÍTULO IV. Que los laicos tampoco deben sentarse en la iglesia durante los oficios divinos.

Ahora bien, me basta con sugerir a vuestra santidad que corrija primero este vicio de negligencia ignominiosa en su propia Iglesia, y luego extienda la hoz de la corrección saludable a los sarmientos de las demás. Se debe prohibir estrictamente no solo a los clérigos, sino también a los laicos de ambos sexos, que, salvo como es costumbre, durante las lecturas del oficio nocturno, nadie se siente mientras se cantan los himnos divinos, a menos que la salud del cuerpo lo obligue. Hemos visto a muchos hombres no solo del orden sagrado, sino también del secular, que están tan satisfechos con las fuerzas de su estado, que no se dignan apoyarse ni en el podio ni en ninguna otra materia adyacente. Quienes, cuanto más laboriosamente asisten ante la majestad suprema que los contempla, adquieren una dulzura más suave de la quietud interior; y cuanto más difícilmente soportan la pesadez de su cuerpo, tanto más abundantemente los eleva su mérito hacia Dios.

Por otra parte, como testifica la historia de Eutropio, el cónsul Varrón, después de haber perdido en Cannas mientras luchaba contra Aníbal, nunca más hasta el final de su vida tomó alimento recostado. Si los paganos hacen esto para extender el renombre de su fama, ¿qué deben hacer los cristianos para adquirir un lugar en la gloria celestial? En verdad, si tuviéramos un fervor digno hacia Dios, sería apropiado que, durante las vigiliias de alabanza divina, no solo no nos sentáramos, sino que también, con las manos levantadas al cielo, cantáramos salmos incesantemente. Como nos exhorta el Salmista cuando dice: «En las noches levantad vuestras manos al santuario, y bendecid al Señor (Salmo 133).» Y el Apóstol a Timoteo: «Quiero, dice, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras, sin ira ni contienda (I Tim. II).» Pues el ilustre doctor de la Iglesia, Ambrosio, testifica haber visto a los bienaventurados mártires Gervasio y Protasio orando siempre con las manos extendidas. En cuyas palabras se da a entender que él mismo, aunque no lo exprese por evitar la gloria, oraba de la misma manera siendo obispo. Es verosímil que quienes oran juntos no difieran en la calidad de la oración: de lo contrario, si Ambrosio oraba de otra manera, se le mostraría ese modo de oración para que de ahí en adelante se instruyera en esa regla de oración. Cuando el bienaventurado Pablo hablaba de los mencionados mártires, cuyos cuerpos encontró en el mismo lugar, añadió significativamente: en el que estás y oras. Pues el sacerdote egregio estaba de pie cuando oraba, no se sentaba como estos, ni trataba asuntos ociosos. Además, cuando el mismo Apóstol dice: «¿No son todos espíritus administradores enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación? (Hebr. I).» ¿Dónde se cree que la bienaventuranza angélica frecuentemente discurre más que en la Iglesia, donde sabe que se reúne el pueblo de Dios, para quien precisamente es enviado? Y si nos levantamos apresuradamente ante cualquier persona de mayor autoridad, ¿con qué audacia de presunción no tememos sentarnos ante las virtudes angélicas? Tú, sin embargo, amadísimo, ya que en las partes occidentales eres insigne entre los sacerdotes y de célebre fama, en cuanto puedas, destruye esta ignominiosa afrenta de la sesión, y esfuérzate por cumplir diligentemente las demás cosas que competen a la administración del oficio sacerdotal: reprende, exhorta, increpa, y como el mismo Apóstol aconseja, «vigila, trabaja en todo, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio (II Tim. IV);» para que, cuando sea necesario presentarte ante el sumo pastor, puedas consignar un fruto copioso y digno de tan gran nombre por el ministerio realizado.

Bendito sea el nombre del Señor.